

# **Introducción Editorial**

## **"DOS CRISIS ECONOMICAS"**

### **LA CELEBRACION DE UN ANIVERSARIO**

Dos sesiones dramáticas —desde entonces jamás vividas— de la Bolsa de Valores de Nueva York: la del «Jueves Negro» (24 de octubre de 1929) y la del «Martes Negro» (29 de octubre de 1929) señalan convencionalmente el comienzo de la que se ha denominado «gran depresión mundial de 1929», que las distintas economías nacionales padecen en los años 30.

Se cumple ahora medio siglo de esos acontecimientos a los que todos los economistas atribuyen la importancia decisiva de dividir la historia. El mundo ha decidido celebrar este 50 aniversario con otra gran crisis: la que muchos economistas llaman «la crisis de los 70» y cuya gravedad se acrecienta cada día que pasa.

Parecía oportuno en este aniversario de la «gran depresión de 1929», vivido en el sexto año de «la crisis de los 70», mirar hacia los hechos de la crisis de ayer y de hoy para tratar de entender lo que entonces sucedió y ahora está ocurriendo, comparando las causas de esas dos grandes crisis que marcan nuestro siglo y buscar en ese mejor conocimiento de la realidad las posibles soluciones de los problemas con los que nos enfrentamos.

Tal fue el propósito de una extensa convocatoria realizada a historiadores, técnicos, economistas y sociólogos por el Fondo para la Investigación Económica y Social de las Cajas de Ahorros Confederadas y la Escuela Asturiana de Estudios Hispánicos. El Seminario sobre la «Crisis económica» celebrado en la residencia de La Granda, en Avilés, constituyó una oportunidad singular para intercambiar opiniones y valoraciones sobre la crisis del pasado (gran depresión de 1929) y del presente (crisis de los 70) y para discutir las alternativas con las que administrar de la mejor manera posible la compleja crisis en la que estamos instalados.

Los distintos trabajos discutidos en la reunión de Avilés, fueron corregidos posteriormente por sus autores y son los que publica este primer número de «PAPELES DE ECONOMIA ESPAÑOLA». Un primer número que —creemos— tiene sentido y significación para iniciar la nueva revista del FIES.

### ¿POR QUE OCUPARSE DE LA CRISIS ECONOMICA?

La aparición de una nueva revista está siempre fechada por el conjunto de circunstancias en las que surge. Vivimos hoy una crisis económica cuyas incidencias y desenvolvimiento van a pautar nuestro futuro. A la crisis nadie es ajeno, porque todo lo domina: el destino en la década de los 80 de familias y empresas estará condicionado por las respuestas que demos a la crisis y también el futuro —no sólo económico— de nuestro país.

Ese acontecimiento económico dominante que es hoy la crisis y que lo va a seguir siendo en los años que vienen, no debe quedarse tan solo en una denominación de constante referencia. Eso ya se ha logrado, pues en la actualidad resulta indudable que la crisis económica se ha convertido en el tópico social más utilizado. Cualquier análisis de los problemas generales de la economía o de los específicos de un sector; cualquier tratamiento de las cuestiones sociales, cualquier exposición de los aspectos de la vida política conjugan siempre a la crisis económica como *premisa* de partida o como *conclusión* de llegada.

Esa conversión de la crisis económica en tópico social denota, sin duda, su presencia innegable entre nosotros. Pero como sucede con todos los tópicos, la referencia permanente de la crisis corre el riesgo de considerarse por la mayoría de los ciudadanos como la remisión protocolaria a un lugar común, convirtiéndola en un término estéril, algo genérico de lo que todos hablan y cuyo real significado y características que la definen pocos conocen y casi nadie trata de remediar con la aportación de su esfuerzo y de su sacrificio.

Esta conversión de la crisis económica en *tópico de común referencia* no es gratuita, pues la conciencia general de la sociedad sobre la naturaleza de la crisis, de sus dimensiones y sus causas, constituye la primera e imprescindible condición para su remedio. Ignorar lo que la crisis económica es, equivale a seguir padeciéndola.

Si a algún propósito tratan de servir estos «PAPELES DE

ECONOMIA ESPAÑOLA» es el de intentar entender y explicar los problemas que envuelven a nuestra sociedad y ofrecerles respuestas responsables y solventes, evitando la perjudicial perpetuación de los tópicos estériles. La crisis económica constituye uno de esos problemas prioritarios mal entendidos que resulta obligado no sólo *reconocer*, sino lo que es más importante: *explicar*.

### **UNA OFERTA DE OPINIONES SOBRE LA CRISIS 1929-1970: CONTENIDO DEL NUMERO 1 DE «PAPELES DE ECONOMIA ESPAÑOLA»**

Y a ese elemental propósito de explicar la crisis actual, sus diferencias con las que la precedieron, los factores que la producen y las respuestas pedidas para afrontar la gravedad de sus consecuencias, se dirigen los trabajos que el lector hallará tras esta introducción editorial.

Es fácil explicar el criterio al que ha respondido la división del trabajo en el análisis de la crisis económica al que se dedica «PAPELES DE ECONOMIA ESPAÑOLA». Su contenido se divide en cuatro partes distintas:

Una primera dedicada a repasar la crisis del pasado con la que frecuentemente se compara la que hoy padecemos: la gran depresión de 1929. Ese repaso se realiza en casa tratando de comprobar cómo se vivió aquella gran crisis en España, las consecuencias que produjo y las políticas que la acompañaron. La mirada hacia el pasado contenida en esta primera parte busca la identificación por contraste de la crisis actual de los 70 que se estudia en los restantes trabajos que la revista contiene.

La crisis de los 70 contemplada en sus aspectos generales e internacionales da el contenido a tres artículos que integran la segunda parte y que, desde perspectivas distintas, tratan de percibir los rasgos económicos, sociales y políticos con los que la crisis actual se configura. La complejidad es la nota dominante de la crisis de los 70 y también lo es la heterogeneidad de las actitudes de la política económica. Por ahora, al menos, los errores gravísimos de la política económica aplicada en 1929 se han evitado, aunque la crisis no se haya resuelto ni quepa esperar que lo haga pronto, pues el calado de sus problemas es profundo.

La economía española, por la agudización de sus interdependencias con la economía mundial, vive y padece la crisis

de los 70 con una intensidad mayor que la pasada crisis de los años 30. La tercera parte del presente número contiene siete trabajos que pretenden estudiar los principales aspectos de la crisis española: los factores que la producen, las actitudes que ha suscitado, los ajustes necesarios para su mejor administración, sus efectos sobre precios y empleo.

La cuarta parte de la revista analiza los principales aspectos sectoriales de la crisis actual. Su vertiente energética, la más espectacular y destacada, cuyo carácter recurrente marcará en el futuro la aparición de nuevas etapas críticas. Sus aspectos industriales tan importantes en la crisis actual. Sus consecuencias para el sector público y para la política monetaria, tan afectados y tan presentes —al mismo tiempo— en la causación de la crisis de los 70. Sus efectos para el sector agroalimentario al que la crisis actual convierte en sector con posibilidades importantes de futuro que la política económica no debería olvidar. Los aspectos de la crisis vista desde el comercio exterior y la respuesta debida a la crisis por la política comercial cierran esta excursión por los aspectos sectoriales de la crisis de los 70.

A esas cuatro partes, cuyo contenido general hemos referido, se añade una quinta, que en realidad constituye una sección distinta de la revista, en la que trataremos de presentar opiniones e ideas de los grandes maestros de la economía, que consideramos de especial interés para nuestros lectores. Tres trabajos se contienen en este número. El primero, del profesor Joan Sardá i Dexeus, se refiere a los nuevos economistas liberales cuya creciente presencia en la década de los 70 constituye una de las novedades ideológicas más notables de la misma. Exponer con la brevedad y la claridad que el profesor Sardá acostumbra, el pensamiento básico de estos nuevos economistas es el propósito de este trabajo escrito por el economista español con más respetada y dilatada ejecutoria liberal.

Dos premios Nobel de Economía —Paul A. Samuelson y Milton Friedman— opinan también en esa sección de las dos crisis —la del 29, la de los 70—, completando así nuestra oferta de estudios sobre este tema al que monográficamente se dedica este primer número de «PAPELES DE ECONOMIA ESPAÑOLA».

#### **SUMA DE COINCIDENCIAS**

¿Qué mensaje fundamental transmiten las muchas páginas escritas tras esta introducción editorial? Quizá la extensa

lista de colaboraciones y las muy distintas perspectivas, desde las que contemplan el común problema de analizar la crisis económica, podría llevar a la afirmación anticipada de que son demasiadas las opiniones que sobre la crisis se les ofrecen a nuestros lectores para que sea posible sintetizarlas en un mensaje fundamental y coincidente. Sin embargo —pese a la riqueza y variedad de las opiniones de nuestros colaboradores— hay que afirmar que ese mensaje existe y que es fácil de captar. Se contiene en cuatro afirmaciones:

- Las crisis de 1929 y de los años 70 coinciden quizá sólo en un punto: el decisivo de constituir fechas históricas para dividir el desarrollo de la vida económica mundial. Hasta y desde la gran depresión de 1929, hasta y desde la crisis de los 70, son expresiones con sentido, que ha de buscarse en los cambios en las formas de vida que esas fechas señalan. Esos cambios tienen gran densidad histórica. No se altera la forma de producir y de vivir de una sociedad en dos días, ni en dos meses, ni en dos años. Las adaptaciones que la crisis económica impone o, como ahora se dice, los ajustes a las crisis, son lentos, costosos. Cuando hoy se afirma que estamos *instalados en la crisis*, lo que quiere decirse es que es a partir de sus datos cómo hay que reconstruir nuestra vida. Y que el pasado económico y el propio presente carecen de posibilidades de futuro. Las crisis del 29 y de los 70 no pueden enfocarse como pausas temporales en el desarrollo de una economía, sino como puntos de largo cambio —costoso cambio— en las concepciones y estructura de ese desarrollo.
- La crisis de 1929 y la de los años 70 son dos crisis radicalmente diferentes. Sólo las separa medio siglo, pero corresponden a dos mundos mucho más distanciados por sus problemas económicos que por los años transcurridos. Esa diferencia entre las dos crisis hace que sea fundamental no equivocarse entre ellas y obliga a ofrecer respuestas sociales y políticas diferentes para cada una.
- Como antes se ha afirmado, la crisis de los 70 no es una crisis más semejante a las vividas por la economía española en los años 60. Esa crisis significa el fin de las formas de producción y de vida que caracterizaron a la larga etapa de prosperidad que va de 1951 a 1972 en el mundo y de 1959 a 1974-5 en España.

La conciencia de lo que la crisis significa en cuanto a los cambios en la forma de producir y vivir concede una gran trascendencia a la suma de múltiples ajustes necesarios para

favorecer estos cambios. La respuesta a la crisis económica pasa necesariamente por un análisis detallado de esta serie de ajustes positivos a la crisis cuya definición ocupa gran parte de este número. Esos ajustes afectan al sistema de producción, al sector financiero, al sector público, al sector exterior y al propio sistema económico. Sin tener en cuenta la atención plural demandada por la complejidad de la crisis a todos esos escenarios es claro que no podrá ofrecerse a sus problemas una respuesta social coherente y eficiente al mismo tiempo.

- Las dos grandes crisis históricas se han vivido por España en muy distintas condiciones. En realidad, las dos economías españolas que entraban en las dos grandes crisis históricas eran radicalmente diferentes. La España fundamentalmente agraria iba a verse afectada por la gran depresión de 1929 y la subsiguiente crisis de los 30 en la limitada medida que un país con esas características puede verse implicado en una gran crisis industrial. Las cosas iban a cambiar radicalmente con la crisis de los 70, pues a ella llega la economía española con una integración plena en la economía internacional y una dedicación a la industria y a los servicios muy distinta de las del pasado. Sin embargo, también aquí existen *peculiaridades* importantes de la economía española hacia las que llaman la atención nuestros colaboradores y que condicionan la intensidad de la crisis de los 70 en nuestro país.

Hemos concretado así en cuatro afirmaciones fundamentales el mensaje contenido en los trabajos de este primer número de «PAPELES DE ECONOMIA ESPAÑOLA»: estamos hoy, como el mundo estuvo en 1929, frente a una crisis histórica; las dos grandes crisis económicas del siglo son muy diferentes, la superación de la crisis de los 70 exige conocer la suma de múltiples ajustes sectoriales para favorecer los cambios de formas de producción y de vida que la llegada de la crisis ha introducido, la economía española ha vivido con peculiaridades innegables y de forma muy distinta las dos grandes crisis históricas.

### **LAS CRISIS DE 1929/1970 COMO CRISIS HISTORICAS**

Quando se afirma que la gran depresión de 1929 o la crisis de los 70 son crisis históricas, no se quiere reconocer sólo la diaria evidencia de su resonancia histórica, sino indicar que esas crisis han cambiado el sentido en el que venían

desenvolviéndose los acontecimientos económicos, rompiendo así el curso de la historia. Ni las formas de producción y de vida de antes del 29 fueron las mismas después, ni lo serán tampoco las que sucedan —y que solo muy imperfectamente se intuyen— a las que han regido hasta 1974-75.

La conciencia de estas dimensiones de la crisis pasada y de la actual tiene algunas consecuencias importantes. La primera y más clara es que no nos enfrentamos hoy con una crisis económica que pueda remediarse con prontitud mediante la adopción de unas cuantas medidas aplicadas con resolución durante algunos meses. La pregunta más repetida durante la crisis actual a los economistas responde claramente a la idea de que el fácil crecimiento del pasado es recuperable. Que no ha ocurrido ningún cambio trascendente que obligue a renunciar a él. Cuando se demanda ¿cuándo saldremos del «túnel»? ¿cuándo llegará la reactivación? no se pregunta, se afirma. Y lo que se afirma, pese a las interrogaciones, es que *continuamos pensando que el desarrollo del pasado puede extrapolarse hacia el futuro*. Para esas preguntas hechas desde el error de creer que las formas de vida y la estructura productiva de la etapa 1951-1974/75 pueden continuar, existen varias respuestas posibles. La primera, la de ocultar la verdad. No proclamar la trascendencia histórica de la crisis, no reconocer la necesidad de registrar las grandes pérdidas que en la estructura productiva ha ocasionado y que deberán materializarse en los próximos años y no reclamar los enormes sacrificios que todo ello va a demandar de los ciudadanos. Este silencio sobre la gravedad de la crisis puede también materializarse en contestaciones evasivas, como la de «de esto saldremos muy pronto», «la prosperidad está a la vuelta de la esquina», que han constituido siempre las respuestas más extendidas y erróneas de los políticos a las demandas sobre la gravedad de los problemas planteados por las crisis históricas. Ese silencio culpable o esas mentiras con intención piadosa constituyen contestaciones irresponsables y pesimistas frente a la crisis. Irresponsables, ya que no reconocen la verdad de los hechos de cuya proclamación se sigue siempre la impopularidad que padece todo aquel que en una sociedad de consumo, como la nuestra, reconocen su imposible continuidad. Esa actitud es también pesimista, porque quien silencia u oculta la verdad, generalmente no confía en la solución de los males que se niega a proclamar. La crisis histórica que hoy vivimos pide un conocimiento general de todos los ciudadanos y una consideración de sus amplias y graves dimensiones.

La óptica con la que una crisis de este porte debe contemplarse es, pues, distinta a los breves episodios críticos del

pasado y es preciso adaptar la visión de los ciudadanos para que puedan verla y la contemplen tal y como es: como una crisis de largo alcance, en la que vamos a estar instalados durante largo tiempo y en la que van a pedirse muchos sacrificios de adaptación y de ajuste.

La segunda consecuencia que se sigue de esa calificación de histórica aplicada a la crisis actual es el sentido en el que han de discurrir los cambios impuestos por la crisis. Toda crisis histórica se anuncia negando las posibilidades de futuro de una estructura productiva y de unas formas de vida. Y, en consecuencia, la primera de las actitudes que la crisis reclama es comprender que el mundo económico anterior a la crisis no es perdurable. Los factores que definen la crisis histórica destruyen sus posibilidades de futuro con fuerza incontenible. Suele suceder que en estas circunstancias sean muchos los que se nieguen a esta pérdida y busquen los medios para tratar de proteger y conservar ese mundo económico heredado y que inevitablemente se nos va. En definitiva, el hecho no es nuevo: los grandes movimientos proteccionistas surgieron del temor de perder y del afán de conservar estructuras productivas a las que los nuevos datos de una crisis histórica negaban su futuro. No es casualidad que los años siguientes a la crisis de 1880 definan una ola proteccionista, que una segunda y de mucha mayor dimensión recorra la economía internacional en los años 30 y que un nuevo proteccionismo empiece a brotar en nuestros días como eco de la crisis de los 70.

Incurrir en estas limitaciones proteccionistas es quizá el principal de los errores que pueden evitarse si la crisis actual se enfoca, según se debe, como una crisis histórica. Los ciudadanos que viven esta dura circunstancia de cambio a que fuerzan los datos de la crisis que padecemos no pueden caer en la tentación de reencontrar y restablecer el pasado por medios y arbitrios proteccionistas. Giscard d'Estaing se lo acaba de advertir con solemnidad a los ciudadanos franceses: «Si Francia en este gran tumulto y en este reajuste tiene la idea y cede a la tentación de restablecer el pasado, estará perdida. Nuestro país se convertiría en una zona decadente como otras que siempre han existido en el mundo en etapas de grandes cambios. Esta tentación es la que se ofrece con mucha frecuencia a los franceses bajo formas más o menos seductoras». Esta advertencia puede generalizarse a todos los grupos políticos actuales. Es seguro que el imperativo del cambio está impuesto por los datos de la crisis económica y lo es también que si un país concreto, por ejemplo España, no se adapta a esos nuevos datos de la crisis económica mundial, la economía mundial no se adaptará a la situación

española y en consecuencia, la irá orillando paulatinamente y la consecuencia para ese país que así se comportase sería la de su marginación y empobrecimiento futuros.

Este reajuste, que la crisis obliga a realizar en las formas de producción y de vida vigentes, lo hace especialmente costoso el lento crecimiento que hoy domina por doquier. El crecimiento económico actual y futuro va a ser un crecimiento corto, impuesto por muchas razones (pérdidas de capital que es preciso asimilar, caídas en la productividad padecidas en todas las empresas, oferta limitada de materias primas vitales para el proceso de crecimiento, comercio mundial con tasas de expansión muy inferiores a las del pasado, peligros constantes de que la inflación asalte al desarrollo de la producción y de la renta), lo que hace tanto más difícil reajustar y reconvertir la estructura productiva heredada. Cuanto más se retrase la inevitable reconversión productiva tanto más difícil será realizarla porque la consecuencia final de proteger el mundo económico heredado no será otra que aumentar los costes de producción, encarecer los presupuestos familiares y hacer más lento, aún todavía, el desarrollo de la producción y de la renta. Obligar a las sociedades actuales a contemplar como inevitable este reajuste y convencerlas de que no cedan a las facilidades equívocas con las que los distintos grupos de intereses presentan las soluciones proteccionistas, constituye quizá el principal de los deberes de los economistas y de los políticos responsables del tiempo en el que vivimos.

### **LA CRISIS DE 1929 Y LA CRISIS DE 1970: SUMA DE DIFERENCIAS**

La segunda afirmación en la que confluyen o de la que parten las colaboraciones de este número es que las dos grandes crisis históricas de este siglo tienen causas muy diferentes que es preciso conocer para definir diagnósticos y respuestas coherentes acordes con su distinta naturaleza.

Hay en esas dos crisis un principio de coincidencia en un plural: las crisis se producen por causas y no por una sola causa. Una explicación razonable de la crisis actual y de la que el mundo padeció en 1929 obliga a quien la analiza a presentar los múltiples factores que hicieron entonces inevitable el cambio y que hacen ahora imprescindible el reajuste. Pero en la multiplicidad de las dos crisis existe una heterogeneidad manifiesta que debe conocerse en sus grandes rasgos y hacia la que los autores de las colaboraciones de este número llaman con insistencia la atención de sus lectores. Tratemos de resumir las principales de esas diferencias.

La crisis de 1929 tiene un comienzo espectacular mil veces contado: el derrumbamiento de las cotizaciones de la Bolsa de Nueva York (al que nos referíamos al principio de esta introducción editorial) en los días finales del mes de octubre. El índice de las cotizaciones se derrumbó espectacularmente en sesiones de pánico indescriptible que nos ha contado la pluma singular de John Kenneth Galbraith en narraciones inolvidables. Meses más tarde de este derrumbamiento de las cotizaciones se inicia lo que con precisión debería denominarse Gran Depresión de los años 30. Una pregunta insistente ha estado desde entonces y aún hasta hoy en el telar de la investigación de los economistas: ¿Por qué esa depresión tan extensa, tan profunda y tan larga? Charles P. Kindleberger en uno de los mejores análisis hoy disponibles sobre la Depresión de los años 30, insiste en dos conclusiones importantes: la inexistencia de una explicación completa y universalmente aceptada de este hecho histórico crucial. Se puede dar hoy *una* explicación de la crisis del 29, pero no *la* explicación. En cualquier caso, *una* explicación de la crisis de 1929 requiere combinar distintos factores. He aquí algunos:

1.º El derrumbamiento de la Bolsa precede a la Gran Depresión y esa precedencia no es casual. Se ha discutido mucho la relación entre el «crash» bursátil y la crisis y son bastantes los que niegan una relación de causa-efecto, pero es evidente que una crisis bursátil como la que se padeció en Estados Unidos produjo tres efectos de la máxima importancia en la economía: alteró el clima económico pasándose de la euforia al pánico («la gente creía que la tierra se hundía bajo sus pies», afirmaba Schumpeter en 1930); frenó el consumo pues las familias americanas se habían lanzado temerariamente al gasto con el apoyo del crédito y la confianza en el valor de sus activos financieros. Ambos apoyos fallaron: la política monetaria restrictiva y la crisis bancaria minaron las posibilidades de crédito de las familias y éstas, para compensar la baja, tuvieron que realizar sus valores cuyas cotizaciones se desplomaron sin suministrar los medios que se necesitaban para sostener los gastos de consumo. La crisis bursátil perjudicó a las sociedades que financiaban sus inversiones con facilidad en una Bolsa en auge en la que, además, habían comprometido sus fondos propios para participar del auge especulativo. Facilidades bursátiles y fondos que se llevó por delante la caída de las cotizaciones.

2.º La inflación de beneficios y el desajuste que éstos crearon en el gasto nacional son quizá el factor más peculiar de la crisis del 29 y más distante de la actual. Entre 1923 y 1929 el crecimiento de la productividad fue del orden del

50 % mientras que los salarios aumentaban en un 5 %. Estas condiciones no permitían que el gasto de los trabajadores sostuviera la producción. Las posibilidades de gasto quedaban en manos de los grupos de fuertes ahorros y altas rentas que debían invertirlos o gastarlas en bienes suntuarios. Esos gastos suntuarios e inversiones estaban sometidos a grandes fluctuaciones que se tradujeron sobre la producción y sobre la renta.

3.º Los excesos de inversión. El auge de los beneficios había ampliado la capacidad productiva por encima de las necesidades de consumo, especialmente en bienes duraderos (vivienda, automóviles). La caída del consumo forzada desde múltiples frentes (el «crash» bursátil, los menores salarios, la restricción crediticia, la crisis bancaria, la crisis agrícola) produjo la caída de la rentabilidad de las inversiones tras la depresión. Las inversiones se hundieron literalmente, paralizando un motor fundamental del gasto.

4.º La crisis bancaria. La depresión demostró claramente la debilidad de la estructura bancaria americana. El número de banqueros era absolutamente desproporcionado. Sus préstamos fueron imprudentes y los mecanismos de protección del sistema para prevenir las dificultades de las entidades financieras, inexistentes. No puede extrañar que, en estas circunstancias, la depresión se llevara por delante a un conjunto numerosísimo de bancos, sembrando la desilusión y el terror de los clientes: entre 1930 y 1933, 9.000 bancos americanos cerraron sus ventanillas con un total de 7.000 millones de dólares de depósitos. Lo que esto significó para deprimir el gasto y para acelerar la depresión puede suponerse.

5.º La crisis de la agricultura. La agricultura americana perdió los mercados europeos tras la primera guerra mundial. Los precios agrarios cayeron con la depresión y la renta de los agricultores que antes de la guerra se situaba en el 40 % de la renta urbana, se redujo al 30 %. Si es cierto que «cuando el agricultor tiene dinero lo tiene el mundo entero», también debe serlo que su empobrecimiento debería dejarse sentir en el gasto de la economía, como efectivamente ocurrió.

6.º La catastrófica política monetaria y fiscal. M. Friedman y Ana Schwartz destacan los enormes errores de la política monetaria aplicada por la Reserva Federal como causa de la depresión. En vez de practicar una política que compensara la crisis, la oferta monetaria, se redujo en un 27 % en los cuatro primeros años de la depresión. El presupuesto del Estado, respondiendo a las normas clásicas, no com-

pensó tampoco la caída del gasto privado: la obsesión por el equilibrio presupuestario fue un dogma para todos los políticos.

7.º Estados Unidos exportó la gran depresión al mundo por dos decisiones de la mayor importancia: la práctica de un intenso proteccionismo que cerraba su mercado a las importaciones (la desafortunada Hawley-Smooth Tariff Act) y su negativa a proporcionar créditos a largo plazo a otros países para compensar las dificultades de la crisis. El funcionamiento de la economía mundial necesitaba del liderazgo de un país que asumiese la responsabilidad de su estabilización. Ese papel lo desempeñó Gran Bretaña durante el siglo XIX y hasta 1913. En 1929 Gran Bretaña *no podía hacerlo* y los Estados Unidos *no quisieron hacerlo*. Cada país decidió salir de la crisis defendiendo egoístamente sus intereses nacionales. Nadie defendió el interés mundial de todos.

Aunque cada economista atribuya una mayor o menor importancia a esas causas, es evidente que todas discurren en la misma dirección: alimentar una corriente deflacionista acumulativa que suscitaba en cada grupo social una disminución de su gasto y creaba en familias y empresas un deseo de liquidar sus activos para cancelar sus deudas y sobrevivir. El *pánico por la liquidez y la reducción del gasto* (consumo e inversiones) fue el gran animador de la depresión de los años treinta que se manifestaría finalmente en una caída de la producción sin precedentes que volvía a los principales países a las cifras de 1913, mientras el paro alcanzaba las hoy inconcebibles tasas del 25 % de la población activa. La Oficina Internacional del Trabajo divulgaba en 1932 la aterrador cifra del paro mundial: 30 millones de personas. Increíblemente esas cifras se toleraron con pasividad y resignación, uno de los hechos probablemente irrepetibles de la gran crisis de 1929.

Una visión retrospectiva de la gran crisis y confusión vividas por el mundo en la década de los treinta concede un lugar prioritario a los graves errores de la política económica de los gobiernos. Al menos cuatro de los siete factores que se han intensificado como causas importantes de la crisis, constituyen consecuencias directas de la política entonces aplicada que podrían haberse evitado con un enfoque diferente de las decisiones públicas en materia económica. Al preguntarse por las causas de estos extendidos errores de la política económica —que no se limitaron a la política americana, aunque en ella tuviesen más eco y repercusión, sino que se extendieron a otros países— los análisis actuales ofrecen dos explicaciones distintas y no incompatibles. La pri-

mera de ellas es que la política económica de los 30 se inspiró en experiencias anteriores y fundamentalmente en la política que había orientado el tratamiento de la inflación de la posguerra. Los grandes principios de esa política económica aplicada mediante dosis de deflación cada vez mayores, fueron hundiendo cada día más a la economía mundial en el pozo de una depresión profunda. La segunda explicación de esta política errónea entonces aplicada la han hallado otros economistas en la crisis de la teoría económica disponible y de sus alegados remedios para curar los dos grandes males de la depresión de los 30: el paro masivo, la aguda deflación y la subsiguiente caída de la producción total. Keynes fue el crítico de ese pensamiento vigente en el que se había educado, y el formulador de un nuevo enfoque de la economía y del tratamiento de sus problemas (la *revolución keynesiana*, como la llamó L. Klein, es una respuesta a los problemas de la gran depresión).

Keynes demostró las causas en virtud de las cuales el sistema capitalista no funcionaba adecuadamente si se le abandonaba al juego espontáneo de las fuerzas que en él operan. El Estado y sus políticas deben actuar como estimulantes necesarios para vencer las rigideces del sistema. La teoría keynesiana supuso el fin del «laissez-faire» y la aparición de programas monetarios y fiscales que estimularan el gasto y la demanda efectiva para vencer la inercia y rigidez del sistema económico capitalista.

Pese a sus esfuerzos, Keynes no logró que sus ideas inspirasen la política económica en la década del 1930. Hubo de esperarse la llegada de la segunda guerra mundial para que el enfoque keynesiano de la política económica se generalizase en los distintos países. El gran auge económico que la economía mundial vivió desde 1951 a 1972 tiene como uno de sus componentes la inspiración keynesiana de las decisiones políticas. Tres fueron las repercusiones más destacadas de esta profusa utilización del enfoque del gasto nacional como medio de conducir una economía:

- 1.<sup>a</sup> Un aumento de la imposición y del gasto público. El sector público se ha convertido en todos los países, bajo esta presión, en un sector fundamental de la actividad económica, co-intérprete con el sector privado de la misma.
- 2.<sup>a</sup> Un aumento de los programas específicos dirigidos a distribuir la riqueza y evitar situaciones individuales de dependencia y de pobreza (prestaciones sociales del «welfare state»).

3.<sup>a</sup> Una regulación pública mucho más intensa de la actividad económica.

Bajo la inspiración de este intervencionismo keynesiano ha discurrido la economía mundial de la posguerra. El desarrollo económico y la multiplicación de la producción y el empleo han alcanzado tasas y niveles sin precedentes, aunque el proceso también haya tenido costes innegables y muy crecidos (la división desigual del desarrollo entre los países pobres y los industrializados, el despilfarro de muchos recursos con siniestros ecológicos lamentables, la postergación de determinadas necesidades y valores).

El proceso de crecimiento sufre en 1974-1975 la sacudida de otra crisis de signo muy diferente a la de 1929. Esa diferencia entre las dos grandes crisis históricas debe acentuarse por su enorme trascendencia para dar respuestas correctas a la crisis de los 70. Casi todas las colaboraciones que este número recoge acentúan esa diferencia entre ambas crisis adelantando la importancia y el interés de concretar la atención de los ciudadanos en los siguientes factores:

1.º En la explosión del precio de la energía y la elevación sustancial de los precios de las restantes materias primas y alimentos. Esta revolución de los precios ha empobrecido a los países industriales súbitamente al desplomarse su relación real de intercambio. Por otra parte, esa alteración de precios que irrumpe en la economía mundial a partir de 1972, varía profundamente los costes relativos de los distintos productos, altera la demanda mundial de los mismos y la ventaja comparativa de los diversos países y distorsiona las corrientes tradicionales del comercio. En el frente interno de las distintas economías, esa revolución de los precios equivale a negar todo futuro a determinadas producciones que no pueden hacer compatible una tasa de beneficios positiva con los nuevos datos de los costes relativos impuestos por la crisis y de las demandas de los diversos mercados nacional e internacionales.

2.º Una inflación intensa de costes, que discurre paralelamente a una demanda débil en la mayor parte de los mercados. La inflación actual de dos dígitos está impulsada desde el fortalecimiento del poder de negociación de quienes administran todas las partidas de costes de las empresas: las materias primas (los productores), los salarios (los sindicatos) y los costes financieros (las entidades financieras). Asociada a esa inflación se ha producido una *crisis de los beneficios*, pues las empresas no han podido trasladar en los precios de sus productos el aumento del coste de sus factores de pro-

ducción. Y no han podido hacerlo porque la política económica aplicada para oponerse a la inflación por los distintos países ha tenido el signo restrictivo que caracteriza a las medidas de política monetaria y fiscal. Como la experiencia demuestra la intensa *inflación de costes con estancamiento* en que hoy se manifiesta la crisis se soluciona costosamente y mal con las políticas económicas fiscales y monetarias heredadas del pasado. En efecto, afrontar la inflación de costes con sólo políticas monetarias y fiscales constituye una alternativa costosísima en términos de sacrificio de producción y de empleo. Okun y Perry han formulado recientemente la dura ley que relaciona ambas variables en la economía estadounidense. Una disminución de la tasa de inflación de un 0,3 % cuesta un millón de puestos de trabajo y 60.000 millones de producción real al año. Por otra parte, buscar la *salida del estancamiento* o del apagado desarrollo de la producción y la *lucha contra el paro* en un aumento del gasto nacional a través de medidas monetarias expansivas que creen dinero fácil y barato o bien con medidas presupuestarias (más gastos públicos, menos impuestos, más déficit) no haría otra cosa que acelerar la inflación, agravar la balanza de pagos y envilecer el cambio. Esa política pudo tener sentido en la crisis pasada, causada por la falta de un gasto nacional suficiente para generar una producción que empleara los abundantes recursos y la mano de obra disponible, pero hoy carece de cualquier sentido.

3.º Una *crisis evidente en el orden económico internacional*, paralela a la experimentada en 1929. El orden internacional hoy en crisis es el definido en Bretton Woods al término de la segunda guerra mundial y que trataba de recoger las principales enseñanzas de la depresión del 29. Un orden basado en el intercambio libre que procuraba despejar del horizonte el mal del proteccionismo y buscaba la creación de instituciones que facilitasen la liquidez internacional necesaria y los préstamos indispensables a largo plazo para el desarrollo mundial. Las tres instituciones nacidas de Bretton Woods, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y el GATT, han funcionado con eficacia desde su creación hasta la década de los 70, pero han entrado desde el comienzo de ésta en una crisis clara que se manifiesta entre otros frentes en la abierta contestación entre países del norte y del sur y en las actuales dificultades de la principal de las monedas de reserva: el dólar.

4.º La existencia de algunas crisis sectoriales (siderurgia, construcción naval, bienes de equipo, ciertos ramos de la industria textil) definidas por el profundo cambio de demanda mundial, costes y precios relativos y competitividad entre los

diversos países en determinadas líneas de producción. La sobrecapacidad de esos sectores en crisis obliga a definir políticas de reestructuración sectorial más fáciles de enunciar que de practicar.

5.º El crecimiento desbordado del gasto público para atender a toda clase de necesidades que la situación de crisis despierta unida a la contestación de los impuestos realizada por unos ciudadanos que han visto desacelerar el ritmo al que crecían sus ingresos, motiva ese difícil trance de la Hacienda que revela el creciente déficit de sus presupuestos al no ser capaces quienes la dirigen de aumentar sus ingresos por impuestos al mismo tiempo que sus gastos para atender a múltiples programas.

Todos estos factores resultan intratables con el enfoque y con la política económica idóneas a la crisis de 1929. Se ha dicho antes y se reitera ahora que esa crisis fue sobre todo una crisis de demanda. En el mundo de los años 30 no existía la demanda necesaria para convertir en *real* el enorme producto *potencial* que podría derivarse de los abundantes y baratos recursos disponibles. Las materias primas industriales, la energía, los alimentos y la mano de obra necesarios para producir más, existían y se ofrecían en los mercados sin lograr otra cosa que deprimir los precios. Bastaba entonces animar el gasto nacional —con medidas fiscales y monetarias— para obtener la producción potencial que autorizaban los recursos abundantes y baratos con los que se contaba. Y eso es lo que se hizo, bajo la inspiración del keynesianismo. Las cosas, sin embargo, han cambiado hoy radicalmente, porque la oferta no está dispuesta a responder con mayor producción a una animación de la demanda. La crisis de los 70 es, sobre todo, una *crisis de oferta*. No hay energía suficiente a los precios vigentes en el mercado. La penuria del aprovisionamiento petrolífero demuestra fehacientemente que una limitación de recursos y una organización monopolística del mercado, protagonizada por la OPEP, están frenando diariamente las posibilidades de la producción. Las materias primas industriales, en cuanto al gasto y la actividad económica caminan con una cierta animación, elevan sus precios y, con ellos, los costes de las empresas. Los costes financieros frenan también la respuesta productiva a cualquier aumento de la demanda, esterilizando una buena parte de ésta en puros aumentos de precios. Los crecimientos de los salarios, en fin, aparecen como reivindicaciones anticipadas de la clase trabajadora a las posibles elevaciones esperadas en los precios. Excitar el gasto nacional en estas condiciones equivale a estrellarlo contra el muro del crecimiento de los costes y de la elevación de los precios en el que se agota toda su fuerza sin lograr movilizar una mayor producción y empleo.

Evidenciando la misma crisis de oferta, aparecen los sectores productivos en situación de pérdidas (siderurgia, construcción naval, bienes de equipo, textil) que reclaman una ayuda selectiva y de reconversión, y mientras ésta se realiza y, mucho más si no se efectúa, pesará sobre los costes y limitará las posibilidades de expansión de la actividad económica. La crítica situación del sector industrial y la crisis de beneficios empresariales que la acompañan, paralizan cualquier recuperación de las inversiones. Del *pánico por la liquidez* de 1929 hemos pasado a *las dificultades y el temor por invertir* en 1979.

### **EL AJUSTE DE LA ECONOMIA A LA CRISIS DE LOS 70**

Se ha reiterado a lo largo de esta introducción editorial una premisa de la que debe partir cualquier entendimiento correcto de la crisis. Una premisa sobre la que insisten nuestros colaboradores con especial acento a lo largo de muchos pasajes de sus trabajos. Esa premisa es la de afirmar que lo que la crisis de los 70 niega es la continuidad en las formas de producción y de vida que caracterizaron el largo auge económico que va de 1951 a 1972. Variar esas estructuras productivas y esa forma de vida heredadas del pasado es una tarea compleja que requiere la práctica de numerosas políticas de ajuste. Debe afirmarse que la calidad de la política económica aplicada en nuestro tiempo se mide en función del estudio y análisis disponibles sobre las distintas políticas de ajuste y de su contribución positiva para ayudar a administrar la crítica situación económica actual.

La política de ajuste positiva a la crisis tiene cuatro grandes campos en los que debe ofrecer respuestas y soluciones:

En primer lugar, el necesario ajuste de los precios para luchar contra el mal más perceptible y directo de la crisis económica: la inflación de costes. Sin una respuesta eficiente a la inflación de costes, la política económica de ajuste a la crisis carecería de base y de sentido. Esta condición se acentúa en varias de las colaboraciones que a continuación se ofrecen y al servicio de este objetivo deben discurrir los distintos puntos de la política económica y los perseverantes esfuerzos *de toda la sociedad*. Se subraya de toda la sociedad, porque la reducción de la inflación de costes carecerá de base si no se secunda por un esfuerzo en el comportamiento de los distintos agentes de la economía.

En segundo lugar, el ajuste debe realizarse frente al sec-

tor exterior. El dato clave de la crisis actual —la revolución de precios que constituye su punto de partida— no podrá remediarse por los países deficitarios en su balanza energética, agraria o de materias primas, si no es merced a un intenso esfuerzo exportador, lo que hace necesaria la asignación de recursos hacia ese sector exterior sin el cual resulta imposible dar una respuesta eficiente y aceptable a la crisis económica planteada.

En tercer lugar, el ajuste productivo ha de atender un conjunto de acciones heterogéneas y variadas que requieren adaptar la oferta a los nuevos supuestos de costes relativos y de demanda establecidos por la crisis económica.

En cuarto lugar, resulta fundamental aunque sea menos evidente, practicar los ajustes en el sistema económico que hagan a éste más eficiente en la administración de los recursos escasos de la sociedad. Estas reformas del sistema económico llenan una amplia agenda que se inicia por el restablecimiento de la competencia y del mercado en múltiples sectores y que continúa por las modificaciones del sector público y del sistema de relaciones industriales.

Acentuar la importancia de estos ajustes múltiples que dan el inevitable contenido mixto a la política anti-crisis es el propósito de la mayor parte de las colaboraciones contenidas en este número y es ese acento de su importancia y variedad puesto por nuestros colaboradores el que deseamos subrayar en esta introducción editorial.

### **LAS DOS GRANDES CRISIS HISTÓRICAS (1929, 1970) Y LA ECONOMÍA ESPAÑOLA**

España ha vivido las dos grandes crisis históricas de 1929 y de los 70 de una forma muy distinta y a la vez de una forma peculiar respecto del comportamiento de otras economías nacionales.

A la gran depresión de 1929 España llegó con una economía que respondía al tópico, tantas veces utilizado, que caracterizaba a su economía como fundamentalmente agraria. Un tópico cierto entonces y que confirman los fragmentarios datos disponibles de la actividad económica española. Como afirmaba el Dictamen de la Comisión del Patrón de Oro emitido en 1929, España era en aquel entonces un país funda-

mentalmente agrario, por cuanto «la dedicación dominante de la población residía en las tareas de producción rural y el tono vital y el nivel de la actividad económica dependía del resultado de las cosechas. De todas las economías europeas que nos son comparables, ninguna mantiene con el exterior una relación tan débil como la nuestra y esta circunstancia hace que el elemento autóctono, propio, tenga en la coyuntura económica de España una influencia relativa mucho mayor que cualquier otro factor de la coyuntura. Del resultado de la producción en nuestros campos deriva el poder que anima o deprime durante el año la vida económica de la nación. Y como la industria, trabaja principalísimamente para el mercado interior y pulsa enérgicamente o languidece según la abundancia o miseria de las cosechas. Aunque no lo dijeran las cifras con la claridad con la que lo proclaman —concluía el Dictamen— no habrá ninguna persona que conozca solamente nuestra vida económica, para quien dejen de ser evidentes estas afirmaciones». Es desde ellas desde las que se comprende la limitada influencia de la gran depresión de 1929 en nuestra economía, pero, aunque amortiguada, la gran depresión de 1929 también afectó a España. Ateniéndonos a la investigación histórica disponible y a las valoraciones que se desprenden de los trabajos incluidos en este número, podría llegarse a este respecto a dos conclusiones fundamentales:

1.º La depresión mundial agravó, pero no creó los problemas económicos españoles de la década del 30. Nuestra economía tenía defectos importantes en su estructura agraria entonces dominante y en su naciente estructura industrial. La crisis del 29 actuó complicando la solución de estos problemas. La agricultura de exportación y la minería fueron las que sufrieron el impacto más importante de la crisis del 29 por la contracción del comercio mundial y la ola de proteccionismo que la acompañó. Por razones de política interna, el otro sector perjudicado por la crisis fue la gran industria, por la paralización de la demanda del principal cliente que era el Estado. Esas crisis sectoriales y la falta de una política económica originó un crecimiento económico débil y un aumento importante del paro, abriendo una etapa de creciente inestabilidad social.

2.º La incompreensión por los partidos políticos y por los gobiernos de los problemas económicos con los que tenían que enfrentarse y la postergación y olvido de los mismos. La compleja situación económica española no se entendió por la clase política, no se le concedió la importancia que tenía, ni se elaboraron los programas necesarios para tratar de resolver sus graves problemas.

España padeció en los años 30 una mala política económica de la que participaron todos los países de aquel tiempo. Hermann Kahn ha afirmado que esa etapa es la que registra una política económica peor en el siglo, por lo que el caso de España no fue aislado: respondió a una tónica universal.

La suma de la incomprensión por los partidos políticos y los gobiernos de la complejidad y gravedad de la situación económica y la falta de soluciones y respuestas a esos problemas, unidas al deterioro lento de la economía en la que, en definitiva, confluyen los efectos de la gran depresión del 29, terminaron por convertirse en una de las causas del fracaso del intento democratizador de la segunda república.

La España que entraba en la otra gran crisis histórica de los 70 poco tiene que ver con la de 1929. El tópico que calificaba a nuestro país como fundamentalmente agrario había dejado de ser verdad hacía ya muchos años, aunque siguiese circulando. La población activa agraria no alcanzaba ya más que el 18 % de la población total. El producto neto agrario significaba poco más de 9 % del PIB y, lo que es más importante, la tónica de la coyuntura no la daban ya, como describía el Dictamen de la Comisión del Patrón de Oro, los campos y las cosechas, sino la industria y los servicios. Lo que esto significa respecto de la crisis es claro: la intensa interdependencia de la economía española con la economía mundial y, por lo tanto, los efectos mucho más directos e inmediatos de la crisis de los 70. Todos los factores que están detrás de la crisis de los 70 han actuado sobre la economía española y lo han hecho con especial intensidad. España no es diferente en su economía, sino apasionadamente igual en sus factores críticos: la relación real de intercambio afecta de lleno a nuestro comercio exterior, la inflación de costes se ha vivido en España con más fuerza que en ningún otro país europeo, la crisis de los beneficios la proclama cualquier análisis, por superficial que sea, de los datos españoles, los déficits presupuestarios han aparecido tarde, pero amenazan con recuperar rápidamente el tiempo perdido, la crisis de los sectores productivos concretos en los que la crisis se manifiesta, lo hace en España con una violencia innegable.

Los españoles vivimos, en definitiva, una crisis mundial con el extremismo que caracteriza a nuestro temperamento. En esto no hay diferencias entre la economía española y otras economías. La diferencia existe en que en el caso de España se añaden peculiaridades importantes a los factores de la crisis que provienen de tres frentes distintos:

La estructura productiva que hemos heredado de la etapa de auge. Una estructura productiva en la que las brillantes

tasas de desarrollo de los 60 han ocultado un conjunto de preocupantes características, como:

- El *desequilibrio* con el que el desarrollo se lograba, pues posponía relativamente a tres sectores: agricultura, comercio y servicios públicos, sobre el intenso crecimiento realizado en la industria y los servicios.
- Su *clamorosa necesidad de importaciones* que no siempre pudo atender nuestra exportación, que necesitaba emplear importaciones crecientes, lo que obligó a detener, con frecuencia, la marcha del crecimiento.
- Su *tacañería en crear nuevos puestos de trabajo* que no favorecían los sectores en expansión ni la tecnología aplicada y que se contraponía a un crecimiento pujante de la población.
- Su *creciente necesidad de capitales*.
- Su *derrochador consumo energético*.
- La *desigualdad*, en fin, con la que ese crecimiento de la producción se distribuía en el territorio del Estado

Estos defectos constituían claras hipotecas del desarrollo económico español, como iba a demostrarlo la llegada de la crisis. A ello se añaden otras deficiencias de carácter institucional que han limitado las posibilidades de una actuación eficiente de la política económica: la existencia de una financiación defectuosa, tanto para el Estado como para la economía nacional (el sistema fiscal padecía defectos fundamentales que obligaban a su reforma y el sistema financiero también); la empresa pública, falta de directrices para gobernar su comportamiento y con una situación deficitaria prolongada había ido dilatando su necesaria reestructuración; el gasto público no disponía de instituciones suficientes para su conocimiento y control total por la sociedad y el Parlamento; las relaciones industriales, en fin, iban a mostrar muy pronto la ausencia de intérpretes bien estructurados y experimentados, y la falta de un cuadro legal de relaciones laborales que respondiese a criterios europeos. Estas características de la estructura productiva y de las instituciones económicas han concedido una peculiaridad importante a la crisis económica española, mostrando la extraordinaria dificultad de articular una política que diese respuestas eficientes. A la grave presencia de los factores generales de la crisis, la economía española ha añadido una estructura productiva e institucional que no puede ignorarse si quiere juzgarse con justicia y con un mínimo de conocimientos la política económica articulada frente a la crisis.

## CONCLUSIONES FINALES DE CARA A LA DÉCADA DE LOS 80

Este recorrido por los problemas de las dos grandes crisis históricas nos sitúa en los comienzos de una nueva década que inicia lo que serán los últimos veinte años de este siglo.

La década que vamos a iniciar no será una década más en la historia española. Van a ser años trascendentes en los cuales habrá de decidirse si España sabrá aprovechar o no la segunda gran oportunidad que el siglo actual le ofrece para construir una democracia de signo pluralista. Una oportunidad ésta de los 80 que llega como la anterior —la de los años 30— en la compañía poco deseable de una gran crisis económica. En medio de esa crisis de los 70 debemos construir nuestra democracia. Hubiesen sido mejores y preferibles otros vientos económicos que soplasen desde la prosperidad y desde un auge mundial para favorecer esta difícil y decisiva empresa política. Pero el destino nos ha impuesto el tiempo adverso de una crisis histórica. Una crisis con la que el mundo ha entrado en lo que Galbraith ha denominado una nueva era precedida por la incertidumbre que niega datos seguros a los agentes económicos para construir el futuro y que envuelve a familias, empresas y países en la inseguridad y el riesgo que acompañan a los tiempos críticos.

Tiempos en los que no cabe esperar los fáciles «milagros económicos» de los años 50 ó 60. La hora de los «milagros económicos» ha pasado, la de «los magos de las finanzas», también. El nuestro es un tiempo diferente, cuyos males económicos empiezan por pedir como remedio esfuerzo y sacrificios sociales de larga prestación y equitativo reparto para conseguir cortos resultados. Debe renunciarse a crecimientos excesivos de salarios, rentas y precios, debe disciplinarse el crecimiento de la cantidad de dinero, controlarse el aumento del gasto público, reajustar la oferta, reformar el sistema económico y los comportamientos de los distintos intérpretes del proceso económico para ganar productividad, implantar la ascética de la competencia para disciplinar costes y precios y poder ganar mercados y demanda para las exportaciones. Y todo esto, no durante un día, ni en seis meses, sino en prolongados años. Se trata, en suma, de una crisis cuyas posibles soluciones se venden mal entre el público que se resiste a reconocer una situación, por no estar dispuesto a remediarla con una modificación sacrificada de su comportamiento.

Por todo ello, los problemas económicos no se afrontan con la responsabilidad y valentía reclamadas por su grave-

dad. Los economistas evaden el compromiso de opiniones, la crítica de determinados comportamientos y el cumplimiento de su oficio tendente a estimular a las sociedades para adoptar actitudes de responsabilidad y realismo. Los temas económicos no permiten a los políticos ganar un rápido éxito. La economía en tiempo de crisis no es tema electorero. Es un tema impopular en el que el elevado coste que debe reclamarse a los ciudadanos consigue objetivos muy modestos, muy poco espectaculares. Todo ello explica que, pese a su gravedad, la situación económica acumule más silencios que afirmaciones comprometidas. Menos programas previsores y pasados que decisiones adoptadas por la urgencia de cada día.

Cumpliendo con sus ineludibles deberes profesionales un núcleo de historiadores, técnicos, economistas y sociólogos, comprometen en este número que dedicamos a las dos grandes crisis históricas de este siglo, sus particulares opiniones. Al divulgarlas, «PAPELES DE ECONOMIA ESPAÑOLA» querría agradecer su trabajo a la extensa nómina de colaboradores de este número y desearía que las mismas ayudasen a entender mejor a nuestros lectores las características de la crisis en la que estamos instalados e hicieran conocer las respuestas y esfuerzos individuales y sociales que reclama la adaptación de nuestra economía a un mundo económico nuevo que va a llegar en los años 80 y del que España no puede quedar marginada.